

Año 2, Vol. 2, Núm. 4 julio-diciembre 2016 | ISSN 2448-5241

Antrópica

Revista de Ciencias Sociales y Humanidades

Universidad Autónoma de Yucatán | Facultad de Ciencias Antropológicas



latindex



ARTÍCULOS DE OPINIÓN Y DEBATE

El postoscuroantismo o la naturalización del control hacia el pensamiento en el siglo XXI

The post-obscurantism or the naturalization of the control towards the thought in the century XXI

Blas Jonathan Muñoz Pérez
Instituto Nacional de Antropología e Historia

Recibido: 17 de junio de 2016.

Aprobado: 6 de octubre de 2016.

Resumen

El presente escrito propone cuestionar algunas perspectivas que se gestan en la cultura occidental, representativa del “conocimiento” en la era digital. Esta corriente por medio de ciertos mecanismos reproduce ideas arcaicas: aparecen “animalidad”, “salvaje” o “primitivo”. Dichas ideas ubican al hombre a un estado prístino e ingenuo, identificado y determinado a un espacio selvático, desértico, campesino o rural, con el que motiva una lacerante problemática social. Así, las ideas subsisten para justificar y reproducir un determinado orden socioeconómico que enaltece al conocimiento científico con el modelo eurocéntrico como: “único y verdadero camino”, pero con la finalidad de desprestigiar los conocimientos y la pluralidad étnica del orbe.

Palabras clave: Colonialismo, alteridad, civilización, “homogenización”. Colonialism, altereered, civilization, “homogenization”.

Abstract

The present paper proposes to question some perspectives of the western culture, representative of the “knowledge” in the digital era. This tendency uses certain mechanisms to reproduces archaic ideas: they appear “animality”, “wild” or “primitive”. These ideas place man in a pristine and naive state, identified and determined to a wilderness, desert, peasant or rural, which motivates a lacerating social problem. Thus, the ideas remain to justify and reproduce a particular socioeconomic order that enhances scientific knowledge with the eurocentric model as “only true path”, but with the purpose of discrediting the knowledge and ethnic plurality of the world.

Key words: Colonialism, otherness, civilization, Homogenization.

A manera de introducción

Ataduras innegables: falacias

“Destruir el mundo colonial es, ni más ni menos, abrir una zona, enterrarla en lo más profundo de la tierra o expulsarla del territorio”.

Frantz Fanon, 1983, p. 35

Este artículo sucinto pretende observar algunas críticas; sin embargo, comencemos por identificar la primera de vital importancia. ¿Cómo podemos abordar una crítica a términos, conceptos y modelos que surgen de un contexto histórico determinado y que tiene por origen el mismo con el cual, posteriormente, el investigador usa como herramienta para abordar con un “sentido crítico” problemáticas actuales o incluso “antagónicas”? ¿Es posible tal hecho? La noción de cultura, mercancía, sociedad, progreso, etcétera, tienen su origen en la Ilustración (Wolf, 2001). Dicho movimiento intelectual y/o político que se desarrolló entre los siglos XVII y XVIII puso “fin” a una denuncia y supuesta etapa “obscura” en la humanidad: la denominada Edad Media. Enfrentados a esta realidad comprendemos y aceptamos que nuestras categorías surgen de un contexto eurocéntrico, contexto que cuestionaba incluso el orden establecido. Es aquí donde encontramos nuestra primera limitación. El uso de conceptos es igual al uso de valores e interpretaciones, permeados por una idea antropocéntrica, positivista y racionalista, de atavíos colonialistas. Aceptamos que: esta es entonces, nuestra primera “falacia intelectual”.

Edad Mediana

La mencionada Edad Media de la historia europea es descrita generalmente como un remoto abismo en donde el hombre estaba sometido por una política feudal que controlaba a la población sumiéndola en la ignorancia por medio de la religión, las creencias “supersticiosas” y el control del conocimiento; por ende, y a consecuencia de ello, se encaminaba al hombre a un estancamiento económico, un retraso cultural e intelectual eterno. Ya para el Siglo de las Luces o la generación de las luces (1760-1780), emanaba una nueva luz que brillaba en las ideas de la ilustración: la razón.

Hoy, igual que hace tres siglos, el pensamiento ilustrado muestra una omnipresencia inmutable en los estudios que comprenden a las ciencias y humanidades, nunca han perdido su eficacia y su fuerza. Por otro lado, en los estudios y las perspectivas entorno a la relación del hombre y su condición con la sociedad medieval, existe una óptica generalizada; en el imaginario se mira al movimiento ilustrado como una especie de “evolución de la sociedad”. Incluso, denominar esta etapa como “Edad Media” significa medirla en estadios verticales como: salvajismo-barbarie-civilización; versiones deplorables, algo típico del “evolucionismo unilineal”.

Sin embargo, a partir de la primera mitad de siglo XX existe una manipulación sistemática de ciertos paradigmas engendrados en el seno de “las luces”. Modelos ahora proclamados “canon universal”, permeados al resto de la población, en todas las ciencias y para consolidar los sistemas económicos y políticos. Precisamente estos hechos fomentan las acciones para consolidar y justificar un nuevo modelo global. Eric Wolf (2001) comenta al respecto:



los protagonistas de la razón se definen a sí mismos como los apóstoles de la modernidad. Han propugnado la industrialización, la especialización, la secularización y la asignación burocrática racional como opciones razonadas, superiores a la dependencia no razonada de la tradición (p. 44).

Colonialismo: o de la esclavitud justificada

Aceptar el origen de conceptos no justifica los denunciados propósitos y las evidentes problemáticas que se acarrearón al tratar de comprender diferentes sociedades que se constituían política, económica y socialmente con relación a los paradigmas Ilustrados.

En el siglo de los descubrimientos —centurias XVI y XVII— emanaban nuevas masas continentales, una de ellas patrocinada por el “descubrimiento de América”, mejor dicho, *la invención de América* (O’ Gorman, 1984). Con este acontecimiento se supone la existencia de una amplia variedad de grupos humanos, distanciados, “alejados” de las nociones de razón y el progreso (pináculos del pensamiento ilustrado). Ya impresos tales contenidos en los intelectuales, a partir de la décimo sexta centuria se inducían brutales enfrentamientos que pretendían escindir pensamientos, fomentar estereotipos y pretender homogeneizar la especie *anthropos*.

El colonialismo se fomentó como una tarea intelectual; proyecto que forjó en las sienas marcas lacerantes, catastróficas y frívolas. Las herramientas para desarraigar la “estupidez congénita” en los nativos era el clavo doloroso del desarrollo, el tornillo aberrante de la civilización y el remache insidioso de la educación. Cada una de estas herramientas fue promulgada en la isla, el archipiélago o el “nuevo” continente. Los autores fueron diversos: con sotanas, el misionero de “corazón humilde” ministraba el evangelio del perdón; con armaduras y hierro candente, el guerrero mercenario cortaba cabezas, de ideas salvajes; con leyes civiles y letras “libres”, el rey y el papado impugnaban bulas para conceder territorios. Conjugados estos actores se procreó a un nuevo ser de inspiración prometeica: el “intelectual etéreo”, aquel que supo congregar y afinar todas las características anteriores en un solo ente.

La etapa del colonialismo se tenía que justificar para una simple y llana razón: la esclavitud. Para que este proyecto político permaneciera con fuerza, las categorías que se inferían a los habitantes del “nuevo mundo” tenían un largo y poderoso esquema occidental:

fue necesario que el papa hiciera valer su autoridad para establecer la naturaleza humana de los americanos (...) la legitimidad de considerar a los indios “esclavos naturales”, en el sentido de la teoría aristotélica, que postula que se trata de algo así como una clase de seres subhumanos por naturaleza, es decir, incapaces de alcanzar una humanidad plena debido a características congénitas y condenados por ello, en principio, a la servidumbre (Krotz, 2002: 197).

Proporcionalmente a esta realidad imperativa, el colonialismo se forjó con fuerza con base en el despojo territorial y el abuso violento inscrito en el genocidio. Precisamente ya en el siglo XIX, los espacios no habitados por la “civilización” y pertenecientes a los nativos eran considerados como humanamente “vacíos” y “salvajes” (Barabas, 2000: 13). Con esta noción se justificaba el despojo territorial, ya que estos “salvajes” no tenían la capacidad siquiera de administrar y ex-



plotar estos territorios fértiles en recursos, pues eran considerados como “desiertos” o “baldíos”. Alicia Barabas (2000) dilucida: “El concepto de desierto como vacío o salvaje, así como la legitimidad de espacios, ha justificado históricamente muchos actos de genocidio” (p. 13). Por ende, la apropiación de territorios en la colonia se fundamentó por la nula “racionalidad” de los nativos, justificar ese hecho validaba el despojo. Para consolidar este proyecto, tomaron puño y letra de la observación en las prácticas “idolátricas”, notable “evidencia” de tal “irracionalidad” amerindia.

Se inventaron una serie de novedosas categorías para mostrar su inexistente “espíritu humano”; por ende, para los colonizadores, los millones de habitantes del nuevo mundo eran como “animales” que practicaban canibalismo y ritos “satánicos”. Esta situación fue el preámbulo para la aniquilación de los pueblos con base en la evangelización y la esclavitud, condición digna para “subhumanos”. La esclavitud fue un mecanismo que legitimaba la estructura política, económica y jurídica que gobernaba en Europa.

Cuando llegó el *siglo de las luces* se instalan “las luces” alarmantes del etnocidio, aberrante “esperanza” para desaparecer inquisitorialmente al indomesticable indio salvaje: animal, teóforo, idolatra, supersticioso, nigromante, irracional. Surge así un nuevo propósito: el de iluminar el pensamiento de los “barbaros” y “salvajes” americanos. Este pensamiento amerindio encajaba completamente en un dispositivo ideológico que permitía las acciones civilizatorias y de evangelización. El “paganismo”, la “hechicería” y la “herejía” serían los conceptos fundamentales de la configuración demonológica que apoyaba “las justas guerras contra los indios” (Báez-Jorge, 2013).

La civilización: o de la esclavitud aceptada

Al través de la esclavitud colonial (encomiendas y haciendas) se mancharon las “ideas racionales” de aquellos que decían tenerla. A principios del siglo XIX emergía de las aguas primordiales otro choque de culturas, motivando una *continuum* entorno del pensamiento racional ilustrado vs las creencias “supersticiosas”, practicadas por los pueblos “paganos” en todo el continente.

Al unísono del tenor se elaboró una particular noción de “hombre”, una imagen estereotipada de “*sapiens*” encaminado al progreso. La idea central estaba construida entorno a un individuo, que mientras más alejado estuviera de su condición “natural”, más cerca estaba de adquirir la razón, es decir, de apropiarse de un nuevo dispositivo denominado desarrollo y progreso, propiedades únicas que denotan los indicios necesarios para aproximarse a la cúspide de la “civilización”.

Demos ahora un salto, un tanto cuántico para establecer la aplicación de este pensamiento en el caso de la nación mexicana del siglo XX. Para comenzar, se propone el concepto de civilización con la siguiente acepción, *si solo si* con dicha perspectiva:

Civilizar, palabra clave. En México, civilizar ha significado siempre desindianizar, imponer occidente. Si el indio estaba aquí y era la mayoría, la solución de un país moderno era civilizarlo. En parte, esto quería decir apaciguarlo, domesticarlo, acabar con *su* violencia. “No debemos estar tranquilos hasta ver a cada indio con su garrocha en la mano, tras su yunta de bueyes, roturando los campos”, advertía don Porfirio (Bonfil, 1990: 158).



Precisamente esta opinión es vital, comprenderla es primordial: “desindianizar”, “imponer occidente”. Para construir esa nueva nación, titánica tarea, el indio era un lastre. Para ello se crearon mecanismos como los proyectos de integracionismo o el indigenismo de incorporación forzada¹. En esa relación la alteridad cultural se escinde, no hay tolerancia por el otro, y la única posibilidad para destruir esa alteridad es la violencia, física o incorporada. Ante esta avasallante panorámica “los indios” no pretenden serlo más y lo aceptaron como tal. No era para menos.

Las siguientes condiciones subyacentes, como las condiciones económicas y la política interna de los municipios, los anteponía en desventaja. Fue un proyecto maquinado, enaltecido por las novedosas máquinas, aquellas cosas inertes que promovían el progreso de los pueblos y que, posteriormente, comenzó un auto-desprestigio de sus propias prácticas agrícolas, organización social, su *ethos* y su condición de “pobreza inventada”, sin embargo real.

En la misma sintonía emergen de las aguas putrefactas los sonidos de “palabras pastosas” entre las propias regiones y territorios; se gesta y reproduce el *colonialismo interno: la ladinización, el “blanqueamiento”* y las múltiples mascararas del “progreso” hicieron su aparición para conformar una discriminación inmutable. Se conforman fórmulas y aritméticas peyorativas; nace una nueva imagen estereotipada que congrega una serie de cualidades intrínsecas imprecadas y selladas hacia los pueblos indios: “moreno, sucio, feo, borracho, ignorante, de poca capacidad mental, fácilmente burlable, supersticioso, de bajos instintos, ladrón [...]” (Bonfil, 1990: 19). Para ello, ante esta incapacidad procreada no existía otra salida que implantar el *desarrollo* y el *progreso* para desarraigar el problema indígena y su pensamiento “empírico” acientífico. Esta genealogía sirvió para consolidar el neófito siglo XXI, centuria del proyecto postorgánico, humanidad de las redes omnipresentes de la internet y de la vigilancia perpetua de los drones.

Globalización: o de limbo pluriétnico

La integración de los pueblos indígenas es una realidad actualmente, la alteridad nunca existió. El modelo occidental, de acuerdo con las formas de representación política y con la economía neoliberal, extingue las relaciones económicas locales. Ahora, los pescadores son exitosos exportadores aguacateros; los recolectores son empleados en la mina; los huehuetlacatl son grandes empresarios ganaderos. El arte textil se muestra en las sofisticadas pasarelas de la moda. Y esto se justifica; se aduce que los indígenas han triunfado y que han sabido establecer vigorosas ventajas económicas por sobre los beneficios de la modernidad. Si esto es verdad, entonces ha triunfado la idea del progreso y civilización sobre el problema indio. Entonces tuvo efectos el proyecto de nación, las políticas integracionistas y de asimilación.

Ahora las TIC's promueven la difusión de sus costumbres y tradiciones más icónicas; esta es la panacea de los olvidados, de los despreciados, de los sin voz, pues ha procurado enaltecer su cultura y proponerla como patrimonio cultural intangible. Las redes se imponen en la educación para gestar el indio ilustrado y para que así olvide su pasado remoto, su pasado “salvaje” y lo cambie por educa-

¹ Al respecto Alicia Barabas aclara: “Se reconoce como forzada porque se imponían castigos severos a los niños indígenas que pronunciaban alguna palabra en su idioma materno, como privarlos de la merienda, arrodillarlos sobre piedras o granos de maíz bajo el sol, o imponerles multas monetarias. La prohibición se extendía a las esferas domésticas, donde los maestros intentaban obligar a los padres a no hablar a sus hijos en ese idioma. Asimismo se prohibía el uso escolar de la indumentaria indígena” (Barabas, 2003: 15).



ción: aquella que pregona el desarrollo y que domestica para el progreso. La globalización y el orden occidental pueden lograr su único fin con el mecanismo sutil y exitoso: la educación. Así se mostrarán los indicios de una homogenización cultural que ha alcanzado el resquebrajamiento de las fronteras y territorios simbólicos étnicos y hasta nacionales; internet es la docencia. Sabemos bien que muchos pueblos son homogéneos por añadidura, sin embargo, el proyecto occidental pretende algo de dimensiones fáusticas.

Nadie puede ignorar la dureza de la ley. *Dura lex sed lex*. Según las épocas y las sociedades, se inventaron diversos medios para mantener fresca en la memoria esta dureza. En nuestra civilización la más simple y reciente fue la generalización de la escuela, gratuita y obligatoria. Desde el momento en que la educación se imponía como universal, ya nadie podía sin mentir —sin argüir su ignorancia— ya que dura como es, la ley es al mismo tiempo escritura. La escritura es para la ley, la ley habita la escritura; conocer una es ya no desconocer la otra. Toda ley es por eso escrita, toda escritura es índice de ley. Todos los grandes déspotas que jalonan la historia nos lo enseñan, todos los reyes, emperadores, faraones, todos los Soles que supieron imponer su ley a los pueblos. (...) primeramente, necesariamente, una escritura que afirmaba la legitimidad imperial, y el terror que ella debía inspirar (Clastres, 2010: 149).

Por ende, nace el postoscurantismo: la esclavitud de las máquinas por sobre los “espíritus” humanos; el control del conocimiento con las TIC’s, los *mass media* y los intelectuales orgánicos y la educación; el sometimiento económico con el consumismo desbordado; el totalitario sistema de creencias (santificado) como lo es la noción de “ciencia”. Es así como se gesta e instaura en nuevo sistema de control de las mentes y los cuerpos domesticados; es de esta forma como se sellan las ideas con brillantes analogías del salvaje que hoy suena a desconectado, es decir: incivilizado. Estas medidas de control aún hoy no las aceptamos como tal, al unísono las naturalizamos como parte de nuestra cultura, racionalizada, cosificada; en extremo no permite ninguna variedad y diversidad de creencias, al contrario se gestan leyes universales, estas se democratizan y vuelcan a derechos humanos, universales, bajo parámetros occidentales, de normas y valores blancos.

El postoscurantismo se mira en la lontananza apesumbrada por el ecocidio de la biopiratería y el neoextractivismo. Actualmente, el indio sigue siendo un lastre y esto significa que hay un control del conocimiento sobre esa imagen perpetua; eterno castigo, inapelable al pensamiento de alteridad; celdas y metales candentes siguen quemando las almas supersticiosas de shamanes y “jefes” tribales. La razón es una especie en “verdad absoluta”, empero “objetiva” y “abierta al margen del error”. El postoscurantismo es aquel que propone la homogeneidad del pensamiento y del saber-hacer en todos los pueblos. El postoscurantismo es la regresión a someterlo todo bajo un solo y único punto de vista.



Referencias bibliográficas

- Báez-Jorge, Félix (2013). *¿Quiénes son aquí los dioses verdaderos? Religiosidad indígena y hagiografías populares*. México: Biblioteca Universidad Veracruzana.
- Barabas, Alicia (2000). “La construcción del indio como bárbaro: de la etnografía al indigenismo”. En: *Alteridades*. Volumen 10. Núm. 19.
- Bonfil Batalla, Guillermo (1990). *México Profundo. Una civilización negada*. México: CNCA-Grijalbo.
- Clastres, Pierre (2010). *La sociedad contra el Estado. Ensayos de antropología política*. Santiago de Chile, Chile: Hueders.
- Krotz, Esteban (2002). *La otredad cultural entre utopía y ciencia. Estudio sobre el origen, el desarrollo y la reorientación de la antropología*. México: UAM. Fondo de Cultura Económica.
- O’ Gorman, Edmundo (1984). *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir*. México: Fondo de Cultura Económica. SEP.
- Wolf, Eric R. (2001) *Figurar el poder. Ideologías de dominación y crisis*. México: CIESAS.

Contacto del colaborador

Blas Jonathan Muñoz Pérez <blasjmp@outlook.com>

